

Monólogo final segundo capítulo *Ulises* de James Joyce.

Un cambio marino éste, ojos pardos azulsalado. Muertemarina, la más suave de todas las muertes conocidas del hombre. Viejo Padre Océano. *Prix de París*: cuidado con las imitaciones. Simplemente póngalo a prueba. Nos hemos divertido enormemente.

Ven. Tengo sed. Se está nublando. No hay nubes negras en ninguna parte, ¿verdad? Tormenta. Cae todo él luz, orgulloso rayo del intelecto. *Lucifer, dico, qui nescit occasum*. No. Mi sombrero con venera y mi bordón y sus mis sandalias. ¿Adónde? A tierras de poniente. El poniente se encontrará a sí mismo.

Tomó el puño de su fresno, esbozando suavemente unas fintas, demorándose todavía. Sí, el poniente se encontrara a sí mismo en mí, sin mí. Todos los días llegan a su fin. Por cierto, ¿cuándo es? El martes será el día más largo. De todo el alegre año nuevo, madre, tralará, lará. *Lawn Tennyson*, caballero poeta. *Già*. Para la vieja bruja de dientes amarillos. Y Monsieur Drumont, caballero periodista. *Già*. Mis dientes están muy mal. ¿Por qué, digo yo? Toca. Ése se pierde también. Conchas. ¿Debería ir a un dentista, quizá, con este dinero? Éste. El desdentado Kinch, el superhombre. ¿Por qué es eso, me pregunto, o quizá significa algo?

Mi pañuelo. Él lo tiró. Me acuerdo. ¿No lo recogí?

Su mano hurgó vanamente en los bolsillos. No, no lo recogí. Mejor comprar uno.

Dejó el moco seco sacado de la nariz en el filo de una roca, cuidadosamente. Por lo demás, que mire quien quiera.

Detrás. Quizás hay alguien.

Volvió la cara por sobre un hombro, retrorregardante. Moviéndose a través del aire, altas vergas de un barco de tres palos, las velas recogidas en las crucetas, en arribada, a contracorriente, moviéndose silenciosamente, barco silencioso.